

Elizabeth Jane Howard

Como cambia el mar

Traducción del inglés de
Raquel G. Rojas

 Siruela

Nuevos Tiempos

Índice

UNO – LONDRES	11
1 Jimmy	11
2 Lillian	25
3 Emmanuel	38
4 Alberta	67
DOS – LONDRES-NUEVA YORK	73
1 Lillian	73
2 Jimmy	76
3 Emmanuel	95
4 Alberta	111
TRES – NUEVA YORK	125
1 Emmanuel	125
2 Lillian	157
3 Alberta	171
4 Jimmy	174
CUATRO – NUEVA YORK-ATENAS	200
1 Alberta	200
2 Emmanuel	206
3 Jimmy	213
4 Lillian	230

CINCO – HIDRA	248
1 Emmanuel	248
2 Alberta	255
3 Lillian	266
4 Jimmy	283
SEIS – HIDRA	293
1 Emmanuel	293
2 Alberta	308
3 Jimmy	323
4 Lillian	338
SIETE – HIDRA	350
1 Jimmy	350
2 Lillian	357
3 Alberta	367
4 Emmanuel	370
OCHO – ATENAS	401
1 Alberta	401
2 Lillian	405
3 Jimmy	411
4 Emmanuel	418

Este libro está dedicado a la memoria de
David Liddon Howard, mi padre.

Uno - Londres

1

Jimmy

Podría haber pasado en cualquier sitio, en cualquier momento, y desde luego podría haber sido mucho peor. En París, pongamos por caso, o incluso en Nueva York, antes de un estreno; con el corazón de Lillian haciéndonos pasar a todos un mal rato, Emmanuel en pleno ataque por la primera representación y yo rebotando de un drama a otro, recogiendo los platos rotos y recomponiéndolos mal. De hecho, ocurrió en Londres, dos semanas después de haber estrenado la obra, a eso de las doce y veinte de anoche, en el cuarto de baño de la casa alquilada de Bedford Gardens. Podría haber sido en un hotel, podría haber sido en un bloque de pisos... De hecho, podría haber sido mucho peor. Mucho peor: en realidad, podría haber muerto. Ciñéndonos a los hechos, sin embargo, Emmanuel llevaba días posponiendo el despedirla; creo que incluso había dejado que ella pensara que iría a Nueva York con nosotros. Siempre viajamos con una secretaria, de modo que habría sido bastante razonable que lo creyera. Ayer por la mañana, cuando le saqué el tema, intentó que lo hiciese yo; incluso salió con el chiste de que, si a él le pagaban por hacerse cargo de los problemas sentimentales de otras personas, ¿por qué tenía que afrontar además los suyos propios? Pero entonces supe que él

iba a hacerlo. Lloró mucho, pobre Gloria; es de lágrima fácil. Emmanuel estuvo muy amable con ella durante todo el día, Lillian se dejó convencer para mantenerse apartada, que era la mayor atención que ella podía tener, y yo hice lo que pude. Ella le llevó el correo a Emmanuel cuando ya íbamos a salir para tomar algo con Cromer, antes de ir a ver actuar a una chica en la que Emmanuel estaba pensando para el montaje de Nueva York. Él le ofreció una copa de jerez y bebimos todos juntos de mala gana. Entonces parecía estar bien, un poco callada y con los ojos hinchados, la pobre, pero en general me pareció que estaba muy contenida. En el taxi, Emmanuel soltó de pronto: «¡Qué pena que las mujeres no estén bonitas, como el campo, después de la lluvia!», y entendí que se sentía mal por ella. Luego Lillian le dijo: «Yo estoy maravillosa después de llorar, probablemente más que en cualquier otro momento», un comentario inteligente por su parte porque le hizo reír y es cierto.

La chica de la obra parecía apropiada, pero no lo era; Emmanuel dijo que su voz le deprimía y, por supuesto, Lillian pensaba que era perfecta, de modo que entre la discusión y la cena no volvimos hasta después de las doce. Nos pusimos una copa y Lillian empezó a hablar otra vez de aquella muchacha: es curioso que, a la gente a la que le encanta discutir, casi siempre se le da mal. Para cambiar de tema, Emmanuel se preguntó en voz alta por qué estarían todas las luces encendidas. Y lo estaban: las del salón, cuando llegamos, y las de la escalera. La mayoría de la gente se desanima o se altera de forma muy evidente cuando cae en la cuenta de algo, pero Emmanuel no: él nunca deja de fijarse en las cosas, pero solo las menciona si se aburre. Lillian exclamó: «¡Qué raro!» y subió a toda prisa diciendo no sé qué sobre ladrones. Emmanuel y yo nos sentamos, cada uno en el brazo de un sillón, y él me miró por encima de su zumo de lima, arqueó las cejas, volvió a bajarlas con un rápido gesto y me dijo:

—Jimmy, estamos aquí sentados en las sillas de otros, bebiendo en sus vasos. Me gustaría ser al menos uno de los tres osos. Prefiero un hotel a que todo sea prestado.

—Dentro de tres semanas, estarás acomodado en el New Weston —repuse.

Emmanuel alzó el vaso.

—No veo la hora.

Tenía ojeras; cuando más quiero confortarlo, parece que siempre acentúo su desesperación. Bueno, quizá no sea desesperación, pero es algo tan mudo y persistente, y a menudo hace que parezca tan triste, que no se me ocurre otra palabra. Y entonces, cada vez que me siento así, me hace reír. En ese momento, con los ojos iluminados por una jocosidad que aquellos que no lo conocen toman por malicia, empezó a decir:

—Si hay ladrones ahí arriba, Lillian está haciendo muy buenas migas con...

Pero un grito lo interrumpió —si es que puede llamársele así—, un sonido de lo más espantoso. No sé cómo describirlo: un grito, un alarido, un lamento de terror con una estela de asombro... y luego un golpe sordo y el silencio. El rostro de Emmanuel se congeló de inmediato, con tal aire de resignación ante el desastre que pensé que no iba a poder ni moverse, pero llegó a la escalera antes que yo.

La vimos cuando subíamos corriendo: Lillian estaba tirada en el suelo, en el umbral de la puerta abierta del baño. Las luces estaban encendidas. Emmanuel se arrodilló junto a ella.

—Se ha desmayado. Mira en la bañera.

Aunque no hizo falta que me lo dijese. En la bañera estaba Gloria Williams. Había dejado los zapatos al lado, bien colocados, como cuando uno los deja al pie de la cama al acostarse, pero aún llevaba ese horrible jersey malva y la falda negra ajustada y parecía la sobrecubierta de una novela policiaca. Por un momento, pensé que estaba muerta.

—No está muerta, ¿verdad? —dijo Emmanuel.

Más que preguntar casi afirmaba y ni siquiera alzó la vista. Entonces me di cuenta de que la respiración áspera y quejumbrosa que se oía no era la de Lillian, sino la de Gloria.

—No.

Le tomé el pulso sin demasiada maña. El latido era vacilante e irregular. En la bañera no había agua.

—Ayúdame a llevar a Lillian a su cama y llama a un médico.

Así lo hicimos. Emmanuel empapó un pañuelo con un líquido de una botella del tocador y se lo puso a Lillian en la frente mientras yo hablaba con la mujer del doctor. Cuando terminé, el aire apestaba a agua de Colonia y Emmanuel no estaba.

Estaba en el cuarto de baño, arrodillado junto a la bañera, echándole agua fría a Gloria en la cara y dándole palmaditas en las manos, pero no parecía que sirviese de mucho.

—Fenobarbital —dijo— y Dios sabe cuánto jerez. ¡Jerez! —repetió luego entre perplejo e indignado—. ¿Viene el médico?

—En cinco minutos. Le he contado a su mujer lo de la respiración mientras él se vestía. Suerte que conocemos a uno bueno.

—Siempre conocemos a un buen médico.

—¿Cuánto ha tomado?

—El bote está vacío, pero no sé lo que quedaría. Vamos a llevarla a la cama del vestidor.

Era mucho más pequeña que Lillian, pero pesaba más de lo que me esperaba, y su forma de respirar estaba empezando a asustarme.

—Deberíamos incorporarla —aseguró Emmanuel.

Y lo hicimos, pero la cabeza se le cayó hacia un lado y oí cómo le chascaba el cuello.

—¿Café? —propuse vacilante—. En fin, ¿no se trata de despertarla?

—Se trata de que eche las pastillas, y a ver cómo haces eso. ¿Cómo haces vomitar a alguien que está inconsciente?

—No está del todo inconsciente, mira.

Gloria había entreabierto los ojos, pero solo se le veía lo blanco y tenía peor aspecto que antes. Parpadeó con dificultad y volvió a cerrarlos. Emmanuel exclamó: «¡Lillian!», como si solo de pensar en ella se sintiera culpable, y desapareció.

Intenté que Gloria apoyase mejor la cabeza, pero se le seguía cayendo. Avergonzado e inútil, le aparté el pelo fino y seco de la frente y me pregunté por qué demonios había tenido que llegar a esos extremos, ¿porque estaba enamorada de Emmanuel?, ¿por desesperación?, ¿por rencor?, ¿solo para fastidiar?, ¿o por seis meses decisivos junto a uno de nuestros dramaturgos más destacados? Estaba pensando en lo espantoso que era no ser capaz de compadecerme más de ella cuando sonó el timbre y oí bajar a Emmanuel. Había llegado el médico y, de inmediato, empezó a darme pena: pobre Gloria, tenía un color horrible y el maquillaje no lo disimulaba nada...

El doctor parecía cansado, pero inspiraba confianza. Emmanuel entró tras él en la habitación y me dijo:

—Quédate pendiente de Lillian, Jimmy. Está bastante confusa.

La encontré tumbada en la cama con los ojos cerrados. Tenía el cutis —como lo tiene siempre— de una palidez que en otra época podría haberse descrito como «sobrecogedora». Emmanuel le había echado por encima su abrigo de visón, lo cual en cierto modo la hacía parecer aún más abatida y frágil porque, aunque es alta, está extremadamente delgada. Tiene el pelo rubio ceniza, como seda tornasolada, y no se parece en absoluto a la pobre Gloria. Dormida, tenía un aspecto dulce y delicado, pero no estaba dormida: abrió los ojos con la suavidad de un mecanismo bien engrasado y casi me sonrió.

— Anda, Jimmy, sé bueno y enciéndeme un cigarrillo.

Su bolso estaba en la banqueta del tocador y, por el espejo triple, vi que me miraba. Tiene una de esas caras que son todo ojos y boca, con la piel blanca, muy atractiva de lejos.

— Ha venido el médico — anuncié.

Le di un cigarrillo y encendí una cerilla; las enormes pupilas negras se le contrajeron a la luz de la llama. El agua de Colonia y el cigarrillo de hierbas eran una combinación espantosa. Se le nubló la expresión.

— ¿Y por qué no entra?

— Está atendiendo a Gloria, que no se encuentra muy bien — añadí con cautela.

Lillian me agarró de una manga y sus dedos largos y finos se me clavaron en el brazo.

— ¡Gloria! ¡No! ¿Está...? ¿Se ha...? Pero ¿qué diablos está haciendo Em?

— Ayudar al médico, creo. — Estaba decidido a no darme por enterado y ella lo sabía, porque no me soltaba—. Si te encuentras bien, será mejor que vaya, por si puedo hacer algo.

— Jimmy, me he llevado un susto de muerte. Apenas recuerdo nada. ¿Sabes dónde están mis pastillas para el corazón, en el cuarto de baño? Si vas a dejarme sola, creo que deberías traérmelas. No hace falta que molestes a nadie; solo tráemelas.

Fui a por ellas. En el baño vi la licorera, con una pequeña hoja de parra plateada, colgando del cuello, en la que decía «Jerez». Estaba casi vacía. En algún lugar de la casa, un reloj dio la una. Me crucé con Emmanuel en la escalera; parecía agitado y tenía mala cara.

— Ha pedido una ambulancia. ¿Cómo está Lillian?

En ese momento vio el bote que llevaba en la mano y el ya viejo mecanismo de la preocupación se puso en marcha y le ensombreció el rostro.

—Está bien. Está fumando. ¿Se llevan a Gloria al hospital?
Emmanuel asintió.

—Pero el médico dice que está fuera de peligro. Saldrá de esta y se arrepentirá.

—¿Y va a ir con ella en la ambulancia?

—Antes quiere hablar con nosotros. —De pronto parecía más tajante y animado—. Tendrás que encargarte tú, Jimmy.

Le llevé a Lillian sus pastillas. Me dijo que, si alguien le subía un poco de brandi, creía que podría levantarse.

—Estás mucho mejor en la cama —repuse sinceramente—. Y deberías olvidarte del brandi hasta que te haya visto el médico.

Después me escapé al piso de abajo. En ese momento, lo que menos me veía capaz de soportar era a Lillian, la misma Lillian de siempre, solo que esta vez quizá peor porque, aunque varias de las secretarias de Emmanuel se habían enamorado de él, ninguna había hecho nada parecido. «Amo tanto a mi marido —empezaba—, que haría lo que fuera por él. Por supuesto, él necesita otros entretenimientos. ¿Y quién soy yo, que siempre estoy enferma (etcétera, etcétera), para interponerme? Sé que no es nada serio. Lo único que de verdad le importa ahora mismo es escribir, pero todos los artistas necesitan sentirse libres, y cualquier oportunidad...». Y seguía y seguía. Disfrazar la realidad no es tarea fácil. «Él sabe que, si hay algún problema, siempre estoy a su lado», terminaba. Claro que lo sabía, más que de sobra. Demonio, aunque pensara que es una bruja, yo me estaba comportando peor con ella que ella conmigo. Lillian ha sufrido lo suyo —lo malo es que ninguno de nosotros lo olvida nunca— y su actitud contradictoria respecto a la obra de Emmanuel ha estado a punto de sacarlo de quicio más de una vez...

En la calle, las puertas de la ambulancia se cerraron de golpe y abrí antes de que llamaran al timbre. Dos hombres subie-

ron con cuidado las escaleras, camilla en mano, y volvieron a bajarlas de igual modo con Gloria, extraordinariamente empuqueñecida, tumbada sobre ella. Detrás iban Emmanuel y el médico. El médico salió con los camilleros, y Emmanuel, con expresión culpable, me preguntó dónde estaba el brandi: Lillian tendría que beber algo antes de ver al doctor. Eché un poco en un vaso y, a mi pesar, Emmanuel se lo bebió de un trago y me lo tendió de nuevo.

—Esta vez para Lillian —le dije. No soportaba la mirada triste y provocadora de sus ojos castaños.

—Esta vez para Lillian. —Cogió el vaso y se fue.

El médico volvió a entrar, cerró la puerta de la calle, corrió la cortina y se acercó a mí (la puerta da directamente al salón, lo cual siempre me ha parecido que le saca todo el provecho que se le puede sacar al sistema inglés de corrientes de aire).

—¿Le apetece beber algo?

Estaba nervioso: sabía que empezaría a hacer preguntas e intuía que algunas iban a ser bastante difíciles de contestar. Dijo que se tomaría un dedito de *whisky* y me dispuse a servirselo. Estaba a punto de preguntarle si Gloria estaba bien, o alguna tontería por el estilo, cuando se me adelantó:

—¿Es usted secretario del señor Joyce?

—Bueno, en cierto modo. Le gestiono algunas cosas: negocios, viajes... Y cuando dirige sus obras, ejerzo más o menos de adjunto.

—¿La señorita Williams es su secretaria?

—Lo era.

Le alargué el vaso y me lo agradeció con una brevísima inclinación de cabeza.

—¿A qué se refiere con que «lo era»?

—Lo ha sido durante los últimos seis meses. Dentro de un par de semanas nos marchamos a Nueva York y el señor Joyce había decidido no llevarla con nosotros. —Me noté una

especie de dilación nerviosa en la voz; aquello podía acabar en manos de la policía y, si no tenía cuidado, en los periódicos. Antes de que el médico lo señalara, añadí—: Mire, soy plenamente consciente de que el asunto es serio. Estamos todos muy afectados. Al margen de cualquier otra consideración, ha sido un susto espantoso. Me temo que no sé cómo se debe actuar en estas situaciones, pero si usted me dice en qué puedo ayudar... Cualquier cosa que necesite saber... —Me oí hacer un ruido muy poco convincente—. Por supuesto, haré cuanto esté en mi mano.

El doctor se sentó y empezó a darle vueltas y más vueltas al vaso, mirándome con expresión de cansancio y sin decir nada, así que continué:

—El señor Joyce le ha dicho esta mañana a Gloria que ella no iba a venir a Nueva York. Ella se disgustó mucho. Supongo que por eso se ha tomado el fenobarbital.

—¿Cómo sabe que se lo ha tomado?

Creo que eso fue el peor golpe de la noche.

—¡Tiene que habérselo tomado! Estaba sola... —Un escalofrío me recorrió la columna—. Supongo que no puedo saberlo.

Entonces el médico sonrió; era una sonrisa de tanta extenuación que le daba un aspecto incoherentemente patético.

—Oh, yo creo que ha sido voluntario. Me preguntaba por qué lo creía usted.

—Va a recuperarse, ¿verdad?

—Se recuperará. Ahora van a sacarle todo lo que ha tomado y después iré a echarle otro vistazo. La cuestión es, señor...

—Sullivan.

—... Sullivan, que la gente no hace este tipo de cosas sin tener, al menos desde su punto de vista, una buena razón. No obstante, como sabe, sea cual sea la razón, hacer algo así constituye un delito. ¿Existe alguna posibilidad de que se haya tomado esas pastillas por error?